

Acerca de una actriz

PERMITAME, desconocido amigo, contestar públicamente a la carta que usted tuvo la amabilidad de escribirme comentando una crónica mía dando cuenta de la presentación de la actriz Pepita Serrador. Y dispense que, en mi envío de ahora, no vaya su nombre. Extravié la carta y no se me quedó en la memoria la identidad de su firmante. Me parece recordar, sólo, que habitaba en la calle de Balmes. Vaya, pues, esta respuesta consignada simplemente a un vecino de la calle de Balmes aficionado al teatro.

Usted se lamentaba del óptimo juicio que habíame merecido la aludida artista argentina. Y el lamento era más sentido por apoyarlo, según sus declaraciones, en un viejo trato con mis escritos y en una singular estima por los juicios en ellos contenidos. Muchas gracias. Su carta, además, revelaba ejemplar circunspección, al confesar que antes de decidirse a hacerme saber su disconformidad, había esperado a que sus deudos, viejos aficionados al teatro al igual que usted, vieran trabajar a Pepita Serrador. Fué sólo después de celebrar consejo de familia y haber éste emitido unánime y adverso dictamen sobre los méritos de la señora Serrador, que usted, amigo y desconocido vecino de la calle de Balmes, tomó la pluma.

Como que luego, en el transcurso de esta respuesta, me propongo desairarle, empezaré por darle la pequeña satisfacción de declararme de acuerdo con varios puntos de su carta. Afirmaba usted en ella que las comedias que ha puesto en escena Pepita Serrador son malas; que la presentación de las mismas era deplorable; que los vestidos que sacaba en escena la señora Serrador, por lo cursis, levantaban, entre las damas de la platea, murmullos de divertido asombro, etc. Conste que yo, en la crónica de referencia, objeto de su desagrado, ni por un momento me referí a las obras, ni a los decorados, ni a los ves-

tidos. De referirme, seguramente habría abundado en los juicios suyos, si bien para acabar, al final, sacando de todo ello conclusiones diametralmente opuestas a las suyas. «He aquí a una admirable actriz — habría escrito —, admirable pese a los indignos decorados, pese a la baja calidad de las comedias que representa, pese a lo mal vestido que va... ¡Qué cantidad de actriz no habrá en la señora Serrador, que subyuga al espectador y hace olvidar todas estas contrariedades!...»

Porque, señor vecino de la calle de Balmes, ha llegado un momento en que el público, a fuerza de no comer — artísticamente hablando, claro —, está olvidando los auténticos sabores de la buena cocina. Se ha puesto de moda, parece de buen tono, acompañar las representaciones teatrales que se autotitulan exquisitas, con un extenso programa: Decorados de Fulano de Tal, realizados por Zutano. Vestidos de Casa Mengana sobre figurines de Perenganita. Los modelos que en el tercer acto luce la señora X pertenecen a la colección del modista Y. Efectos luminosos especiales de Z. Y media docena de nombres más, que salen garantes de la puesta en escena, de la colocación de los personajes, de la actitud de los comparsas, de los calcetines del galán, etc., etc. ¿Y sabe usted que cuando yo leo un programa de éstos, inmediatamente toco madera, presagando una catástrofe artística? Raramente me suelo equivocar. Cuando en el teatro se habla de antemano, a grandes voces, de los decorados y de los vestidos, «malum signum». Noventa y nueve por ciento de probabilidades que se trata de dorar, de ocultar, mejor dicho, una interpretación insuficiente, cuando no de hacer pasar una obra que inspira poca confianza. Meses atrás, sin ir más lejos, fuimos testigos de un estreno y una presentación de Compañía cuya propaganda giraba toda en torno del nombre de un pintor proyectista de los